

suaciones este Pablo, diciendo que no son dioses los que son hechos de manos...»

Por lo visto, la venta de imágenes y templecillos comenzaba a decrecer. El devoto negocio corría evidente peligro. Y como, de antiguo, el lucro y la codicia se disfrazan a las veces hipócritamente con las vestiduras santas de la piedad, no es de extrañar que los plateros, oídas aquellas razones, convinieran con Demetrio en que iba por tierra la majestad de la diosa tutelar y, llenos de ira, alzarán la voz, clamando: «¡Grande es la Diana de Efeso!»

«¡Grande es Diana la de los efesios!», empezó a gritar entonces el pueblo entero, que creía ofendida y ultrajada a la Patrona de la ciudad. Cundió la confusión, el tumulto. Se arremolinó la muchedumbre en el teatro, improvisándose una especie de reunión pública contradictoria. San Pablo deseaba hablar a la multitud; pero se lo impidieron sus discípulos y algunos personajes principales, que le querían bien. Por su consejo, hubo de salir bien pronto de aquella tierra, partiendo para Macedonia. Entre tanto, el alboroto crecía hasta trocarse en un verdadero motín. Excitado por el sordido interés de plateros y vendedores, todo el pueblo, sintiendo exaltarse el patriotismo local y el fervor religioso, vociferaba unánime: «¡Grande es la Diana de Efeso!»

Tan sólo, acaso, un anciano filósofo,

que había alguna vez departido con Pablo de Tarsos acerca de los problemas eternos, se alejaría de la plebe para ir acompañando en su marcha al apóstol hasta los términos de la ciudad. Bien sabes, amigo mío—le diría—, que si tú bautizas en el nombre del Profeta galileo, muerto en una cruz, yo sacrifico en el altar de la virgen Diana, la casta deidad de los bosques silenciosos y de las almas solitarias. Pero ambos creemos igualmente en un Dios Supremo, porque creemos en la justicia y en la inmortalidad, en la virtud y en el amor. Si nuestros corazones, templos vivos, son dos aras distintas, arde en ambas la misma llama de la piedad y el sacrificio...

El filósofo, al despedirse, abrazaría al gran Apóstol de las Gentes. Este, conmovido, sentiría no poder proseguir la noble plática, con el deseo de traer a la religión verdadera de Cristo aquella inteligencia generosa. Y al continuar su camino hacia Macedonia, entre los olivos y las vides, no sacudiría ya, como en Antioquía de Pisidia, el polvo de sus sandalias; porque, con el grato recuerdo del que había sido su acompañante, pensaría quizás que, en cada motín de Efeso, en cada querrela religiosa, frente al fanatismo interesado del platero, se halla también la fe tolerante del filósofo.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

fortalecimiento del hombre por el dolor.

—No me creerás, romano—me respondió—, si te digo que me sentaré en el trono del César, en tu Roma, y desde allí dictaré leyes al mundo.

—Acaso tengas razón, Maestro. Pero también te digo que no serás Tú quien venza a Roma, sino ella quien te vencerá a Ti. No será tu doctrina quien dicte la ley de paz a los hombres desde la capital de la tierra. Será la eterna sed de dominio, la eterna crueldad imperial de los hombres, quien aprovechará tu doctrina como nuevo instrumento de mal y de opresión. El día en que un César se ponga tus vestiduras de rabino, o uno de tus rabinos se ponga las vestiduras de nuestros Césares Pontífices, ¿qué quedará de tus sermones? Tú has dado a los hombres una antorcha para que se iluminen; pero los hombres la convertirán en tea para quemar piadosamente a sus propios hermanos, en tu nombre, sobre las piras...

—Hermano gentil—replicó Jesús—, allí donde un hombre muera por obra de los demás, con él estaré Yo y con él moriré por mano de los otros.

Entonces me di cuenta de que uno de los esclavos, con cara etiópica y torso de atleta, escuchaba embebecido a la puerta del cenáculo. Sobre su cabeza, trémulo sostenía un ánfora de vino de Engaddi...

—¿Quieres, Maestro, sacarme de una duda que me acometió el otro día, al escucharte una parábola contra los ricos, predicada a las turbas? Tu doctrina tiene para nosotros, romanos, el grave defecto de ser una loanza de los hombres inferiores, de las razas esclavas, que no han sabido resistir a la espada de nuestros conquistadores ni competir con la ciencia de nuestros sabios.

—Joven—contestaba el Nazareno—, si quieres que el esclavo rompa sus cadenas invisibles, dale la facultad de hacerlo; y este poder es la nueva palabra. Por eso mis discípulos me han llamado así: la Palabra. Si supieses comprenderme, te diría que el esclavo y el plebeyo ascenderán a patricios, y los patricios serán esclavos sin rebajarse, porque servirán al Espíritu y no a la carne.

José de Arimatea, solícito, intervino:

—Publio, conozco muy bien tu Roma. Conozco muy bien las doctrinas que le han dado nombradía, y he estudiado en los anales de los Pontífices vuestra Historia, y en los comentarios de los juristas, vuestro Derecho. Pero debo decirte que ha habido siempre entre vosotros dos clases de esclavos: los que quieren dejar de serlo, y los que aceptan la esclavitud como un decreto del Eterno. En vuestros tiempos de República, los plebeyos y

## La parábola de la palma

PUBLIO Valerio Optimo, joven patricio, de la familia Valeria, una de las más ricas en patrimonio de tierras de la Campania, se encontró en Jerusalén durante los días de la predicación de Jesús Nazareno, llamado el Cristo; y ha dejado unas Memorias, todavía inéditas, que bien pueden considerarse como un Evangelio desconocido. De esas Memorias extraigo la página que voy a ofreceros.

\* \*

«En aquellos días fui convidado a comer en casa de un rico judío de Arimatea, llamado José, gran amor de la filosofía y conocedor profundo de nuestra Roma, donde estuvo en los primeros tiempos de Augusto. José había convidado también, aquel mismo día, al predicador Jesús, uno de los muchos videntes que pululaban entonces por las calles y plazuelas de la vieja ciudad.

Comíamos en las afueras, en un pre-

dio de los alrededores de Jerusalén. Era un paisaje siniestro, entre montañas. Las cuevas de los leprosos abrían allá, lejos, sus fauces negras, bajo un peñasco desnudo y áspero. Higueras silvestres, pitas, cardos, nopales. Una mísera palmera, junto a una cisterna, desplegaba sus hojas sedientas, a modo de inmenso penacho.

De sobremesa, conversábamos al amor del buen vino, que unos esclavos árabes de José habían vertido en nuestras copas. Y Jesús, con la mirada absorta en la roja brillantez del vino, parecía entregado a sus ensueños.

—Rabí—le dije—, deberías predicar tu doctrina en Roma, y no en esta Judea, que es la nación más hostil a todo extranjero. Tus hermanos de raza no pueden comprenderte, porque no sienten las cosas inmortales y las amplitudes del alma. Ven a Roma, ahora que la escuela del viejo Platón y la filosofía del Pórtico proclaman allí, como tú aquí, la paternidad de los dioses respecto a los hombres, y el